
ACTO PRIMERO

Los Jardines Reales de Aranjuez.

ESCENA PRIMERA.

DON CARLOS y el PADRE DOMINGO.

EL PADRE DOMINGO.—Ya termina la alegre temporada de Aranjuez, y V. A. R. no parece más tranquilo. Nuestra residencia aquí no nos ha sido provechosa. Romped ese silencio misterioso; abrid, oh Príncipe, vuestro corazón á vuestro padre, porque nunca será excesivo el precio con que el Monarca pague el sosiego de su hijo... de su único hijo... (Carlos calla, mirando al suelo.) ¿Cómo ha de rehusar el Cielo el cumplimiento del menor deseo de su hijo predilecto? Allí estaba yo, cuando, en las murallas de Toledo, el altivo Carlos recibió los homenajes de los príncipes, que rivalizaban á porfía en besar su mano; y entonces seis reinos, doblando... doblando á un tiempo las rodillas, yacían postrados á sus pies... Allí estaba yo, y observé que su sangre juvenil y orgullosa tiñó sus mejillas; que en su mente revolvía grandiosos proyectos, y que sus ojos embriagados, rebosando satisfacción, se paseaban por la asamblea... Y estas miradas, oh Príncipe, decían: «Mi júbilo es completo.» (Carlos se vuelve.) Y la pena misteriosa y grave, que vemos

retratada en vuestro rostro hace ocho meses, enigma que preocupa á toda la Corte, tormento de todo el Reino, ha costado ya á S. M. noches de insomnio, y lágrimas á vuestra madre.

CARLOS. (Contestándole con vivacidad.)—¿Mi madre?... ¡Oh Cielo! ¿Concédeme que yo olvide á quien la ha hecho madre mía!

EL PADRE DOMINGO.—Príncipe...

CARLOS. (Que reflexiona, y se pasa la mano por la frente.)—Padre reverendo... he sido muy desdichado con mis madres. Mi primer acto, cuando vi la luz del día, fué ocasionar la muerte de mi madre.

EL PADRE DOMINGO.—¿Pero es posible, Serenísimo Príncipe, que atormente este escrúpulo á vuestra conciencia?

CARLOS.—Y mi segunda madre... ¿no me ha arrebatado ya el cariño de mi padre? Apenas me amaba, y todo mi mérito era ser su hijo único. Ella le dió una hija... ¡Oh! ¿Quién sabe lo que yace escondido en los arcanos de lo futuro?

EL PADRE DOMINGO.—Os burláis de mí, Príncipe. Toda España idolatra á su Reina, ¿y sólo vos la habíais de mirar con odio? ¿Sólo reserva ha de infundiros su aspecto? ¿Cómo así, Príncipe? ¿La mujer más bella de este mundo, y Reina... y antes prometida vuestra? ¡Imposible, Príncipe! ¡Increíble! ¡Jamás! Cuando todos aman, no ha de odiar sólo Carlos, ni incurrir en tan extraña contradicción. Guardaos, pues, Príncipe, de demostrarle jamás la repugnancia que os inspira, porque la afligiríais sobremanera.

CARLOS.—¿Lo creéis así?

EL PADRE DOMINGO.—¿Os acordáis del último torneo celebrado en Zaragoza, cuando nuestro Soberano fué herido por la astilla de una lanza?... La Reina, con sus damas, desde la tribuna central del Palacio, lo presenciaba. Oyóse el grito de: «el Rey derrama sangre...» todos acorren, y

el rumor llega á oídos de la Reina.—¡El Príncipe! exclama, é intenta... intenta arrojarle por el balcón...—No, es el Rey, se le responde...—Que llamen al médico, replica reanimada... (Pausa.) Pero ¿en qué pensáis?

CARLOS.—Me admira el agudo ingenio del confesor del Rey, y oírle contar historias tan divertidas. (Más serio y formal.) Sin embargo, siempre se ha dicho que quienes espían á los demás, y llevan y traen cuentos, han hecho al mundo más daño que los puñales y el veneno, manejados por asesinos. Debierais ahorraros ese trabajo. Acudid al Rey, si esperáis que os lo agradezca.

EL PADRE DOMINGO.—Hacéis bien, oh Príncipe, en ser circunspecto con los hombres... pero con una distinción. No confundáis al hipócrita con el amigo. Mis intenciones, respecto á V. A., son buenas.

CARLOS.—Siendo así, no las manifestéis á mi padre, porque de lo contrario, habréis de renunciar á la púrpura.

EL PADRE DOMINGO. (Desconcertado.)—¿Cómo?

CARLOS.—¿Lo que oís! ¿No os ha prometido que será para vos la primera púrpura de cardenal, que haya de darse en España?

EL PADRE DOMINGO.—Os burláis de mí, Príncipe.

CARLOS.—¡Libreme Dios de burlarme de un hombre tan temible, que puede absolver ó condenar á mi padre!

EL PADRE DOMINGO.—No seré tan temerario, oh Príncipe, que intente averiguar la causa augusta de vuestra aflicción. Indico tan sólo á V. A. que no olvide que la Iglesia ofrece tranquilo refugio á los tormentos de la conciencia, en donde no tienen entrada los reyes, y que hasta los crimenes se guardan bajo el sello del secreto... Comprendéis mi pensamiento. He dicho bastante.

CARLOS.—No, nada más lejos de mí que someter á prueba alguna al depositario de tales misterios.

EL PADRE DOMINGO.—Esa desconfianza, oh Príncipe... No conocéis á vuestro más fiel servidor.

CARLOS. (Tomándole la mano).—Entonces dejadme en paz Sois un santo, y el mundo lo sabe... sin embargo... para hablaros con franqueza... vuestras ocupaciones son excesivas. Largo es el camino que habéis de recorrer, oh reverendo Padre, hasta llegar á la Silla de San Pedro. Os perjudicaría saber demasiado. Anunciadlo así al Rey, que os envía.

EL PADRE DOMINGO.—A mí...

CARLOS.—Ya lo he dicho. ¡Oh! ¡Bien, harto bien sé que me hacen traición en la Corte... sé que hay cien ojos pagados para espíarme... que el Rey Felipe vendería su único hijo al último de sus criados; que cada sílaba que pronuncio, se remunera más espléndidamente que las acciones más nobles!... sé... ¡Oh! ¡Silencio! No hablemos más... Mi corazón ansía desahogarse, y ya he dicho demasiado.

EL PADRE DOMINGO.—El Rey ha resuelto regresar á Madrid antes de la noche. Ya la Corte se prepara. ¿Tendré el honor, oh Príncipe?...

CARLOS.—Muy bien. Os seguiré. (Vase el Padre Domingo. Pausa.) ¡Oh Felipe, digno de lástima, como tu hijo lo es también!... Ya veo tu corazón, que destila sangre, mordido por la ponzoñosa vibora de la sospecha. Tu malaventurada indiscreción se empeña en descubrir el más horrible secreto; y cuando lo consigas, tu furor será extraordinario.

ESCENA II.

CARLOS y el MARQUÉS DE POSA.

CARLOS.—¿Quién viene?... ¿Qué veo? ¡Oh, mi ángel de la guarda!... ¿Mi Rodrigo?

EL MARQUÉS.—¿Carlos querido!

CARLOS.—¿Es posible? ¿Es esto verdad? ¿Eres tú? ¡Oh! Tú eres. Te estrecho contra mi corazón, y siento los fuertes latidos del tuyo. ¡Oh! Todo ha de mejorar ahora. Mi dolor desaparece en este abrazo. Descanso oprimiendo á mi Rodrigo.

EL MARQUÉS.—Alguna pena... ¿tenéis alguna pena? ¿Y qué ha de mejorar ahora? ¿Hay algo que haya de mejorar? Me admira oiros.

CARLOS.—Y ¿qué causa inesperada os trae ahora de Bruselas? ¿A quién he de agradecer esta sorpresa? ¿A quién? ¿Y lo pregunto? ¡Perdona esta blasfemia, oh divina Providencia, á la embriaguez de mi alegría! ¿A quién más que á tí, Dios de bondad? Sabías que Carlos estaba sin su buen ángel; me lo envías, ¿y lo pregunto?

EL MARQUÉS.—Dispensadme, amado Príncipe, si yo respondo consternado á vuestros cariñosos trasportes. No esperaba encontrar así al hijo de D. Felipe. Un color sonrosado extraño tiñe vuestras pálidas mejillas, y febril temblor agita vuestros labios. ¿Qué debo pensar, querido Príncipe?... Este no es aquel noble mancebo de corazón de león, á quien me dirige un pueblo heroico y oprimido. El que os abraza ahora no es ya Rodrigo, ni el compañero de los juegos infantiles de Carlos, sino el emisario de la humanidad entera... las provincias de Flandes, que lloran pendientes de vuestro cuello, y os conjuran solemnemente que las salvéis. Perdido sin remedio está ese país vuestro, si el Duque de Alba, el feroz verdugo del fanatismo, se presenta en Bruselas como ejecutor de las leyes de España. La última esperanza de tan noble región se cifra ahora en el glorioso nieto del Emperador Carlos V. Y sucumbirán, si vuestro magnánimo corazón ha cesado de latir en provecho de la humanidad.

CARLOS.—Sucumbirán, sin duda.

EL MARQUÉS.—¡Ay de mí! ¿Qué escucho?

CARLOS.— Hablas de tiempos que pasaron. Yo recuerdo también en mis sueños á un Carlos, cuyas mejillas ardan cuando se hablaba de libertad... Pero murió ya tiempo hace. El que está aquí no es ya Carlos, el que se despidió en Alcalá, el que, arrullado por risueñas ilusiones, aspiraba á entronizar en España una nueva edad de oro... Infantil era el propósito, pero tan bello como divino. Se desvanecieron estos ensueños...

EL MARQUÉS.— ¿Ensueños, Príncipe?... ¿Ensueños eran tan sólo?

CARLOS.— ¡Déjame llorar! Deja que vierta lágrimas ardientes en el seno de mi único amigo. Ninguno... ninguno más tengo sobre la haz de la tierra, siendo tan vasta. Por inmensos que sean los dominios de mi padre, por lejos que naveguen los buques que llevan nuestra bandera, no hay paraje alguno... no, ninguno, sino éste, en donde yo pueda llorar. ¡Oh Rodrigo! ¡Por cuanto esperemos ambos del cielo, no me destierres de aquí! (El Marqués se inclina sobre él en silencio.) Puedes decir que yo era un niño huérfano, que tú recogiste compasivo de los pies del trono... Yo ignoro seguramente lo que es un padre... y soy hijo de un Rey... ¡Oh! Si es cierto, como me dice mi corazón, que entre millones de hombres te he encontrado sólo á tí, que me comprendas; si lo es que la naturaleza creadora reprodujo en Carlos á Rodrigo, y que en la aurora de nuestra vida se unieron nuestras almas en dulce melodía; si una lágrima que me alivie te es más cara que el favor de mi padre...

EL MARQUÉS.— ¡Oh! Más que el mundo entero.

CARLOS.— Tan bajo he caído... tan grande es mi miseria, que me veo obligado á recordarte los primeros años de nuestra infancia... y á rogarte que cumplas la promesa, ha largo tiempo olvidada, que me hiciste, vestido de marino... Cuando ambos, dos jóvenes fogosos, crecíamos como

hermanos, y yo no sentía otra pena que ver mi talento tan oscurecido por el tuyo... entonces resolví al cabo amarte hasta lo infinito, perdida la esperanza de igualarte. Comencé á molestarte con mil tiernas y amistosas caricias fraternales, que tú, en tu altivez, acogías con frialdad. Acontecía con frecuencia... aunque tú no lo viste jamás, que mis ojos derramaban penosas y ardientes lágrimas, cuando tú, sin hacer caso de mí, estrechabas en tus brazos niños de inferior condición. ¿Por qué sólo á esos? excitaba yo afligido. ¿No te quiero bien yo?... Pero tú, arrojándote fría y solemnemente ante mí, decías: «He aquí cómo yo debo honrar al hijo del Rey.»

EL MARQUÉS.— No contéis, oh Príncipe, esas historias de nuestra infancia, que me llenan ahora de rubor.

CARLOS.— Yo no merecía esto de tí. Podías despreciarme, desgarrar mi corazón, pero nunca alejarte de mí lado. Tres veces rechazaste al Príncipe, y tres veces volvíó suplicante á implorar tu amistad, y á ofrecerte á la fuerza la suya. Una casualidad hizo lo que Carlos no había podido lograr. Jugando nosotros, sucedió en cierta ocasión que tu volante lastimó los ojos de mi tía, la Reina de Bohemia. Ella creyó que se había hecho con premeditación, y se quejó llorando al Rey. Todos los jóvenes de palacio hubieron de comparecer para designar al culpable. El Rey juró castigar esta insolencia de un modo ejemplar, aunque fuese en su mismo hijo. Te ví temblando allá lejos, y yo me arrojé á los pies del Rey, gritando: «Yo lo hice; descarga tu furor en tu hijo.»

EL MARQUÉS.— ¡Ah, Príncipe! ¿Por qué me lo recordáis?

CARLOS.— Y en presencia de toda la Corte, que nos rodeaba compasiva, castigó á tu Carlos como á un esclavo. Yo te miraba, y no lloraba. El dolor me obligaba á rechinar los dientes, pero no lloraba. Mi sangre real corría vergonzosamente, golpeándose sin piedad. Yo te miraba, y

no lloraba... Te acercaste gimiendo, y te prosternaste ante mí. «Si, si, exclamaste; vencido está mi orgullo; yo te pagaré cuando seas Rey.»

EL MARQUÉS. (Tendiéndole la mano.)—Y lo haré, Carlos. Esa promesa infantil la renuevo ahora, ya hombre. Quiero pagar mi deuda. Quizás ha llegado el momento oportuno.

CARLOS.—¡Ahora, ahora!... ¡Oh! No lo dilates... Ha llegado el instante supremo. He aquí el tiempo de pagarla... Un secreto horrible devora mi pecho. Es preciso... es preciso decirlo. En tu rostro pálido quiero leer mi sentencia de muerte. Oye... asómbtrate... pero no contestes. Yo amo á mi madre.

EL MARQUÉS.—¡Dios mío!

CARLOS.—¡No! No quiero contemplaciones. Habla, habla, dí que en toda la redondez de la tierra ninguna desdicha es igual á la mía... ¡habla! Ya adivino lo que te propones decir. ¡El hijo ama á su madre! Los usos del mundo, las leyes de la naturaleza y los decretos de Roma condenan mi pasión. Mi amor lastima de un modo horrible los derechos de mi padre. Lo sé, y la amo sin embargo. Por esta senda se va á la locura ó al cadalso. Acaricio mi esperanza... criminalmente... con mortal angustia, y con peligro de mi vida. Lo comprendo, y, sin embargo, la amo.

EL MARQUÉS.—¿Conoce la Reina esa inclinación?

CARLOS.—¿Cómo descubrísela? Es Reina y esposa de Felipe, y esta región España. Guardada por los celos de mi padre; rodeada por todas partes por las trabas de la etiqueta, ¿cómo acercarme á ella sin testigos? Ocho meses han trascurrido ya de tormentos infernales, desde que el Rey me llamó de mis estudios, condenándome á verla diariamente, y á callar como en la tumba. Ocho meses de angustias infernales, oh Rodrigo, devorando este fuego mi pecho, y asomando en mis labios mil veces esa horrible

confesion, para refugiarse de nuevo en mi corazón vergonzoso y cobarde... sólo con ella contados instantes...

EL MARQUÉS.—¡Ay de mí! Y vuestro padre, Príncipe...

CARLOS.—¡Desdichado! ¿Por qué me lo recuerdas? Háblame de todos los terrores de la conciencia, no de mi padre.

EL MARQUÉS.—¿Lo odiáis?

CARLOS.—Nó, ¡ay de mí! nó. No odio á mi padre... y, sin embargo, el terror, la ansiedad del culpable me abrumbian al oír ese nombre temible. ¿Qué he de hacer, cuando mi educación de esclavo ha destruído ya en mi alma el tierno germen del amor filial? Seis años contaba yo de edad, cuando conocí por vez primera al temido, como llamaban á mi padre. Era una mañana en que, sin sentarse siquiera, habia firmado cuatro sentencias de muerte. Después no le vi más que cuando habia de ser castigado por alguna falta... ¡Oh Dios! Ahora siento que destilan amargura mis palabras... ¡Dejemos... dejemos este asunto!

EL MARQUÉS.—No, Príncipe; ahora, ahora habéis de hablarle con franqueza. El peso, que oprime a un pecho afligido, se aligera desahogándose.

CARLOS.—He luchado frecuentemente conmigo mismo; muchas veces, á la media noche, cuando mis centinelas dormían, me he prosternado, derramando lágrimas ardientes, ante la imagen de la Reina del cielo, para suplicarle que me concediese afecto filial... y me levantaba sin lograr mi deseo. ¡Ah, Rodrigo! ¡Explicame tan extraño enigma, que la Providencia me...! ¿Por qué, entre mil padres, ha de ser óse el mío? ¿Por qué, entre mil hijos mejores, ha de ser yo el suyo? En la vasta extensión de la naturaleza entera no hay dos caracteres más opuestos... que el suyo y el mío... ¿Por qué unir á ambos tan sagrado lazo? ¡Terrible destino! ¿Por qué ha sucedido esto? ¿Por qué dos nombres, que huyen uno de otro, han de juntarse españ-

tosamente en un mismo deseo? Aquí, Rodrigo, observas tú dos astros enemigos, que, en su largo curso, se encuentran una sola vez en los puntos extremos de su carrera, chocan uno contra otro, y se separan después para siempre.

EL MARQUÉS.—Presiento un triste desenlace.

CARLOS.—Y yo también. Sueños terribles me persiguen como furias del Averno. Lleno de dudas, lucha mi bondad con repugnantes proyectos; y mis desventuradas cavilaciones, recorriendo un laberinto de sofismas, se detienen al cabo ante la sima abierta del abismo... ¡Oh, Rodrigo! si yo llegase á ignorar que era mi padre... y por tu palidez veo que me has entendido; si yo pudiese olvidar que es mi padre, ¿qué sería el Rey para mí?

EL MARQUÉS. (Después de algunos instantes de silencio.)—¿Puedo yo dirigir una súplica á mi querido Carlos? Cualquiera, que sea vuestro designio, prometedme que no lo realizaréis sin comunicarlo á vuestro amigo. ¿Lo prometéis?

CARLOS.—Todo, todo cuanto tu amistad me exija. Me arrojo en tus brazos sin reserva.

EL MARQUÉS.—Según se dice, el Monarca quiere volver á la capital. Los instantes son preciosos. Si deseáis hablar en secreto á la Reina, en ninguna parte como en Aranjuez. La tranquilidad de este lugar... las costumbres menos formalistas que se observan aquí, favorecen...

CARLOS.—Tal era también mi esperanza; pero, ¡ay de mí, vana esperanza!

EL MARQUÉS.—No enteramente. Voy á presentarme al punto á ella. Si es en España como era en la corte de Enrique, la franqueza será una de sus cualidades. Si en sus miradas entreveo algo agradable á Carlos; si la encuentro dispuesta á esta entrevista... si es posible atajar á sus damas...

CARLOS.—La mayor parte son mis amigas... La de Mondéjar, en especial, cuyo hijo es paje mío...

EL MARQUÉS.—Tanto mejor. Quedaos aquí cerca, oh Príncipe, para presentaros á la primera señal.

CARLOS.—Tal es mi deseo... tal es... ¡apresúrate!

EL MARQUÉS.—No perderé un momento. Así, Príncipe, hasta dentro de poco. (Vanse ambos en dirección opuesta.)

ESCENA II.

La corte de la Reina en Aranjuez.—Escena campestre, y una calle de árboles, que termina en la quinta de la Reina.

LA REINA; LA DUQUESA DE OLIVARES; LA PRINCESA DE ÉBOLI y LA MARQUESA DE MONDÉJAR, que vienen por la calle de árboles.

LA REINA. (A la Marquesa.)—Quiero que estéis cerca de mí, Marquesa. La alegría, que se retrata en los ojos de la Princesa, me atormenta desde esta mañana. ¡Mirad! Apenas puede disimular su gozo, porque deja este lugar.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—No negaré, oh Reina, que veré de nuevo á Madrid con placer extraordinario.

LA MARQUESA DE MONDÉJAR.—¿No sucede lo mismo á vuestra Majestad? ¿Tanto os disgustará dejar en breve á Aranjuez?

LA REINA.—Por lo menos... abandonar este bello paisaje. Aquí estoy yo como en mi centro. Siempre ha sido este lugar mi predilecto. Parece que respiro aquí el aire de mi país natal, amigo cordial de mi juventud. Aquí encuentro de nuevo los juegos de mi niñez, y creo que me rodea el ambiente de mi Francia. No lo censuréis, que á todos nos es cara la patria.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¿Qué solitario, que triste y si-

lencioso es este paraje! Cualquiera lo confundiría con la trapa.

LA REINA.—Al contrario, un cementerio es para mí Madrid... Sin embargo, ¿qué dice nuestra Duquesa?

LA DUQUESA DE OLIVARES.—Sólo sé, señora, que, desde que hay Reyes en España, se observa la costumbre de pasar un mes aquí, otro en el Pardo, y el invierno en Madrid.

LA REINA.—Si, Duquesa; ya sabéis que he renunciado para siempre á disputar con vos.

LA MARQUESA DE MONDÉJAR.—Y ¡cuánta animación habrá pronto en Madrid! La plaza Mayor está preparada para una corrida de toros, y también nos han prometido un auto de fe...

LA REINA.—¿Qué nos han prometido?... ¿Es posible que oiga yo esto de los labios de mi dulce Marquesa de Mondéjar?

LA MARQUESA DE MONDÉJAR.—¿Por qué no? Son herejes los que queman.

LA REINA.—Espero que mi Princesa de Éboli piense de otra manera.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¿Yo? Suplico encarecidamente á V. M. que no me considere menos buena cristiana que la Marquesa de Mondéjar.

LA REINA.—¡Ay de mí! Olvido en donde estoy... Hablemos de otra cosa... Discurriamos sobre el campo. Este mes, á mi parecer, ha pasado con singular rapidez. Esperaba haber gozado aquí mucho, mucho, y me he equivocado en mis cálculos. ¿Acontece lo mismo á todas las demás esperanzas? No puedo decir, sin embargo, cuál de mis deseos no se ha realizado.

LA DUQUESA DE OLIVARES.—Aun no nos habéis dicho, oh Princesa de Éboli, si Gómez verá sus votos cumplidos, y si es saludaremos en breve como á su prometida.

LA REINA.—¡Si! Me alegro que me lo recordéis, Duquesa.

(A la Princesa.) Se me ha rogado hablaros en su favor. ¿Cómo hacerlo? El hombre, á quien yo premie con mi Princesa, ha de ser un hombre digno de ella.

LA DUQUESA DE OLIVARES.—V. M. sabe que es caballero muy digno, muy conocido de nuestro Soberano, y honrado con su favor.

LA REINA.—Esto lo colmará de felicidad... Sin embargo, queremos saber si él puede amarla y merecer su amor... ¿Qué decís, Princesa?

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Que se queda muda y confusa, con los ojos fijos en tierra, y se prosterna al cabo á los pies de la Reina.) —¡Apiaaos de mí, Reina magnánima! ¡No permitid!... ¡Por Dios, no consintáis que sea yo sacrificada!...

LA REINA.—¿Sacrificada? Nada digo ya. ¡Levantaos! Es cosa terrible el ser sacrificada. Os creo. ¡Levantaos!... ¡Hace mucho que rechazasteis las pretensiones del Conde?

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Levantándose.)—¡Oh! Muchos meses. El Principe Carlos estudiaba todavía.

LA REINA. (Sorprendida, y mirándola con intención.)—¿Y lo habéis hecho por motivos poderosos?

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Con algún calor.)—No debe ser, oh Reina mía, no debe ser, por infinitas razones.

LA REINA. (Muy seria.)—Más de una es ya demasiado. No sabéis apreciarlo... Basta; dejemos esto. (A las otras damas.) Aun no he visto hoy á la Infantita. Traédmela, Marquesa.

LA DUQUESA DE OLIVARES. (Mirando el reloj.)—No es hora todavía...

LA REINA.—¿No es hora todavía de que yo sea su madre? ¡Es triste esto! No dejéis de avisarme cuando llegue el momento. (Viene un paje, que habla en voz baja con la Camarista mayor, la cual se vuelve hacia la Reina.)

LA DUQUESA DE OLIVARES.—El Marqués de Posa, Señora...

LA REINA.—¿De Posa?

LA DUQUESA DE OLIVARES.—Viene de Francia y de los Paí-

ses Bajos, y pide permiso para entregaros cartas de la Reina, vuestra augusta madre.

LA REINA.—¿Y es permitido esto?

LA DUQUESA DE OLIVARES. (Pensativa.)—En mis instrucciones no se ha previsto el caso de que un grande de España, al llegar de una Corte extranjera, pueda entregar cartas á la Reina de España en sus jardines...

LA REINA.—Entonces lo recibiré á mis riesgos y peligros.

LA DUQUESA DE OLIVARES.—Pero me dejará V. M. alejarme de aquí todo el tiempo...

LA REINA.—Haced lo que queráis, Duquesa. (Vase la Camarista mayor, y la Reina hace una señal al Paje, que se ausenta.)

ESCENA IV.

LA REINA, la PRINCESA de ÉBOLI, la MARQUESA de MONDEJAR y el MARQUÉS de PGSA.

LA REINA.—Sed bienvenido, caballero, á la tierra de España.

EL MARQUÉS.—A la cual nunca he llamado mi patria con más legítimo orgullo que ahora...

LA REINA. (A las dos damas.)—El Marqués de Posa, que, en el torneo de Reims, rompió una lanza con mi padre, é hizo triunfar tres veces mi bandera... El primero de su nación, que me demostró la gloria, que yo ganaría, llegando á ser Reina de España. (Volviéndose hacia el Marqués.) Cuando nos vimos la última vez en el Louvre, caballero, no podríais soñar siquiera que yo os pudiera recibir en Castilla.

EL MARQUÉS.—¡No, gran Reina!... porque no soñaba yo entonces que Francia pudiera cedernos lo único que excitaba nuestra envidia.

LA REINA.—¿Orgullosa española!... ¿Lo único?... ¿Y lo decís á una hija de la casa de Valois?

EL MARQUÉS.—Ahora me atrevo á decirlo, Señora... porque ahora sois nuestra.

LA REINA.—Vuestro viaje, por lo que oigo, os ha llevado también á Francia... ¿Qué me traéis, de parte de mi venerable madre y de mis muy queridos hermanos?

EL MARQUÉS. (Presentándole las cartas.)—Encontré enferma á la Reina Madre, indiferente á todas las alegrías de este mundo, excepto á la de saber si su hija es feliz en el Trono de España.

LA REINA.—¿No he de serlo, sabiendo cuán presente estoy en la memoria de parientes tan amados, y que con tanta ternura me corresponden?... Habéis visitado muchas Cortes en vuestros viajes, caballero, y muchos países, y observado muy diversas costumbres... ¿y ahora estáis resuelto, según se dice, á vivir sólo en vuestra patria? Tan gran Príncipe, en vuestros pacíficos dominios, como el Rey Felipe en su Reino... ¡hombre libre! ¡filósofo!... Mucho dudo que Madrid pueda agradaros. Extraordinaria tranquilidad... hay en Madrid.

EL MARQUÉS.—Mayor que la de que se disfruta en todo lo restante de Europa.

LA REINA.—Eso dicen. Por mi parte, casi no recuerdo siquiera los negocios importantes de este mundo. (A la Princesa de Éboli.) Me parece, oh Princesa, que hay allí un jaeinto en flor... ¿queréis traérmelo? (La Princesa la obedece: en voz más baja al Marqués.) O me engaño sobremanera, caballero, ó vuestra llegada ha llenado de alegría á más de una persona de esta Corte.

EL MARQUÉS.—He encontrado muy triste á uno... al cual sólo algo en este mundo podría regocijar. (La Princesa vuelve con la flor.)

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Ya que este caballero ha visto

tantos países, sin duda podrá contarnos muchas cosas curiosas.

EL MARQUÉS.—Seguramente. Buscar aventuras es el deber del caballero... y defender á las damas, el más sagrado de todos.

LA MARQUESA DE MONDEJAR.—¿De los gigantes? Ahora ya no hay gigantes.

EL MARQUÉS.—La violencia empleada contra el denil, es en todo tiempo un gigante.

LA REINA.—Este caballero tiene razón. Gigantes hay, caballeros no.

EL MARQUÉS.—Poco hace, á mi regreso de Nápoles, he sido testigo de un suceso conmovedor, que me he apropiado, por legármelo la amistad... Si no temiera molestar á V. M. refiriéndoselo...

LA REINA.—La elección ¿será dudosa para mí? La curiosidad de la Princesa, es extraordinaria. Oigamos, pues. También á mí me agradan las historias.

EL MARQUÉS.—Dos nobles familias de la Mirándola, hartas de celos y de enemistades inveteradas, que habían durado siglos enteros, desde el tiempo de los Güelfos y de los Gibelinos, acordaron contraer perpetua alianza por medio de los tiernos vínculos del himeneo. Fernando, sobrino del poderoso Pedro, y la divina Matilde, hija de Colonna, fueron los elegidos para formar el lazo de esta unión. Nunca la naturaleza creó dos corazones más nobles, el uno para el otro... jamás el mundo había celebrado tan acertada elección. Fernando sólo había adorado al retrato de su amable prometida... ¡Cómo temblaba al pensar en la posibilidad, de que sus fogosos deseos y esperanzas, fundadas en el retrato, no igualasen á la realidad! En Padua, en donde lo encadenaban sus estudios, aguardaba sólo la llegada del feliz momento de postrarse á los pies de Matilde, y declararle su amor con trémulo acento. (La Reina presta

mayor atención. El Marqués, después de un instante de silencio, y, en cuanto lo consiente la presencia de la Reina, alude en su historia á la Princesa de Éboli.) Mientras tanto, queda libre la mano de Pietro por muerte de su esposa... Con ardor juvenil acoge el anciano los rumores de la fama, que celebra la belleza de Matilde. Llega, la ve... ¡la ama! Su nueva pasión ahoga en él la débil voz del parentesco. El tío pretende á la prometida de su sobrino, y santifica este robo á los pies del altar.

LA REINA.—¿Y qué hizo Fernando?

EL MARQUÉS.—Ignorante de este suceso, corre embriagado á Mirándola en alas del amor. A la luz de las estrellas llega en ligero caballo á las puertas de la ciudad... Un ruido extraordinario de fiestas, bailes y música lo admira, al contemplar el palacio iluminado de su tío. Sube la escalera asustado y tembloroso, y se ve, desconocido de la mayoría, en un soberbio salón de bodas, y entre los alegres y bulliciosos convidados á Pedro... teniendo á su lado un ángel, que reconoce Fernando, y cuya belleza, ni aun en sueños pudiera presumir. Pruébale una sola mirada lo que él hubiese poseído, y lo que perdía para siempre.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¡Desdichado Fernando!

LA REINA.—¿Terminó ya la historia, caballero?... Debe haber concluido.

EL MARQUÉS.—No del todo.

LA REINA.—¿No nos dijisteis que Fernando había sido vuestro amigo?

EL MARQUÉS.—El más querido.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Continuad, pues, caballero.

EL MARQUÉS.—Es muy triste... y su recuerdo renueva mi dolor. La dejaremos ahí... (Silencio general.)

LA REINA. (A la Princesa de Éboli.)—¿Podré ya abrazar á mi hija?... ¡Traédmela, Princesa! (Ésta se va. El Marqués hace señal á un paje, que permanece en el fondo, y desaparece en se-

guida. La Reina abre las cartas, que le ha entregado el Marqués, y parece sorprendida. Mientras tanto, el Marqués habla en voz baja y precipitadamente con la Marquesa de Mondéjar. La Reina, despues de haber leído las cartas, mira significativamente al Marqués.) Nada nos habéis dicho de Matilde. Quizás ignore los tormentos de Fernando.

EL MARQUÉS.—Nadie ha sondeado el corazón de Matilde... Las almas magnánimas sufren en silencio.

LA REINA.—Miráis alrededor... ¿A quién buscáis?

EL MARQUÉS.—Pienso en el placer que recibiría de verse en mi lugar uno, á quien no me atrevo á nombrar.

LA REINA.—¿Y quién será el culpable de que no lo ocupe?

EL MARQUÉS. (Interrumpiendola con prontitud.)—¿Cómo? ¿Podré explicar estas palabras con arreglo á mi deseo?... ¿Sería perdonado, si apareciese ahora?

LA REINA. (Asustada.)—¿Ahora, Marqués, ahora? ¿Qué queréis decir?

EL MARQUÉS.—¿Podrá esperar?... ¿osará?...

LA REINA. (Llena de confusión.)—Me asustáis, Marqués... ¿l no se atreverá...

EL MARQUÉS.—¡Vedlo aquí!

ESCENA V.

LA REINA y CARLOS.

(El Marqués de Posa y la Marquesa de Mondéjar se retiran al fondo.)

CARLOS. (A los pies de la Reina.)—¿Llegó al fin el momento, en que Carlos puede estrechar esta mano amada?

LA REINA.—¿Qué temeridad!... ¿qué culpable y loca sorpresa! ¡Levantaos! ¡Nos ven!... ¡Mi séquito está cerca!

CARLOS.—No me levanto... quedaré aquí eternamente de rodillas, encantado en este lugar, como si echara en él raíces...

LA REINA.—¡Insensato! ¿A tal extremo os lleva mi bondad? ¿Cómo? Sabéis que vuestras palabras indiscretas se dirigen á la Reina, á la madre, que yo... que yo misma he de decir al Rey...

CARLOS.—¿Y que he de morir? ¿Que me lleven de aquí al suplicio! Este instante, pasado en la gloria, ¿no será expiado con usura por la muerte?

LA REINA.—¿Y vuestra Reina?

CARLOS. (Levantándose.)—¡Dios, Dios! Me voy... Quiero dejaros... Cuando lo exigis, ¿no debo hacerlo? ¡Madre, madre! ¡Cuán cruelmente estáis jugando conmigo! Un signo, una leve mirada, un leve sonido, pronunciado por vuestros labios, me manda ser ó no ser. ¿Qué queréis que suceda? ¿Qué puede haber bajo el sol, que no me apresure á sacrificarlo, si así lo deseáis?

LA REINA.—¡Huid!

CARLOS.—¡Oh Dios!

LA REINA.—¡La única cosa, oh Carlos, que os pido llorando!... ¡Huid!... antes que mis damas... antes que mi celero nos vean juntos, y lleven esa noticia importante á los oídos de vuestro padre...

CARLOS.—Yo aguardo mi destino... sea la vida ó la muerte. ¿Cómo? ¿Habré yo fundado todas mis esperanzas en este único momento, en el de hablaros al fin sin testigos, para que un miedo inexplicable desbarate mis proyectos? ¡No, Reina! Cien veces, mil veces girará el orbe sobre sus polos, antes que la suerte me favorezca de nuevo.

LA REINA.—¡Así no se repita jamás! ¡Desdichado! ¿Qué pretendéis de mí?

CARLOS.—¡Oh Reina! ¡Cuánto he luchado, cuánto he lu-

chado, como no lo ha hecho nunca mortal alguno: ¡Té-tigo es Dios!... y en vano, oh Reina. Mi heroísmo ha des-aparecido, y yo sucumbo.

LA REINA.—Nada más... por amor á mi tranquilidad.

CARLOS.—Erais mía... dos grandes reinos me lo habían prometido á la faz del mundo, y el cielo y la tierra lo habían aprobado. Felipe, Felipe me robó...

LA REINA.—Es vuestro padre.

CARLOS.—Vuestro esposo...

LA REINA.—De quien heredaréis el Imperio más vasto del orbe.

CARLOS.—Y á vos por madre.

LA REINA.—¡Gran Dios! deliráis...

CARLOS.—¿Y conoce acaso su riqueza? Su corazón ¿es capaz de apreciar el vuestro? ¿No quiero acusar, no! quiero olvidar cuán inmensamente feliz hubiera sido con vos... y no sé si él lo es. Pero no lo es... ¡Infernal tormento! ¡Ni lo es, ni nunca lo será! Tú me has robado mi paraíso, para reducirlo á la nada en los brazos del Rey Felipe.

LA REINA.—¡Horrible idea!

CARLOS.—¡Oh! ¡Yo sé á quién se debe esta unión!... ¡yo sé cómo puede Felipe amar y ser correspondido! ¿Qué sois en este Imperio? ¿Oídme! ¿Regente acaso? ¡No! Siéndolo vos, ¿cómo podría el Duque de Alba degollar á sus víctimas? ¿Cómo Flandes vertería su sangre por su fe? ¿Sois por ventura la esposa de Felipe? ¡Imposible! No puedo creerlo. Una esposa posee el corazón de su esposo; pero ¿á quién pertenece el suyo? Y si quizás en un momento febril parece tierno, ¿á quien pide perdón, sino á su cetro y á sus blancos cabellos?

LA REINA.—¿Quién os ha dicho que es deplorable mi suerte al lado de Felipe?

CARLOS.—¡Mi corazón! Me asegura que á mi lado seís sido digna de envidia.

LA REINA.—¡Hombre vano! ¿Y si mi corazón me afirmase lo contrario? ¿Y si la respetuosa ternura de Felipe, y el lenguaje mudo de su amor, me conmoviesen más hondamente que la elocuencia temeraria de su orgulloso hijo? Si los cuidados minuciosos de un anciano...

CARLOS.—Eso es otra cosa... entonces... sí, entonces... perdón... yo ignoraba... yo ignoraba que amabais al Rey.

LA REINA.—Honrarlo es mi deseo y mi placer.

CARLOS.—¿Nunca habéis amado?

LA REINA.—¡Extraña pregunta!

CARLOS.—¿Nunca habéis amado?

LA REINA.—...Yo no amo ya.

CARLOS.—¿Lo veda así vuestro corazón, ó vuestro juramento?

LA REINA.—Porque mi deber... Desdichado, ¿con qué objeto hacéis ese triste análisis del destino, al cual hemos ambos de someternos?

CARLOS.—¿Someternos? ¿Al cuál hemos de someternos?

LA REINA.—¿Cómo? ¿Qué dais á entender con ese tono solemne?

CARLOS.—Tan sólo que Carlos no se ha propuesto sustituir el deber al sentimiento; que Carlos no se ha propuesto ser el más infortunado de este Imperio, si, para ser feliz, no hay otro obstáculo que leyes que pueden ser derogadas.

LA REINA.—¿Os entiendo? ¿Esperáis aún? ¿Esperáis, cuando todo se ha perdido?

CARLOS.—Sólo los muertos son los perdidos para mí.

LA REINA.—¿Y esperáis de mí, de vuestra madre? (Lo mira fijamente largo tiempo, y después prosigue con solemnidad.) ¿Por qué no? ¡Oh! El Rey nuevamente elegido puede hacer algo más que eso... puede destruir por el fuego las leyes promulgadas por su antecesor, derribar sus estatuas; puede también... ¿quién se lo impide?... arrancar sus hue-

sos de su sepulcro del Escorial y mostrarlos á la luz del sol, arrojar al viento sus cenizas profanadas, y al fin, para coronar dignamente su obra...

CARLOS.—¡Callad por Dios!

LA REINA.—Y al fin... casarse con su madre.

CARLOS.—¡Hijo maldito! (Quédase un instante mudo y ahogado.) Si; ya se ha hecho... ya se ha hecho... Veo claro y evidente lo que debiera permanecer eterna, eternamente oscuro... Sois perdida para mí... por siempre... por siempre... por siempre... por toda la eternidad. *Alea jacta est.* Sois perdida para mí... Este pensamiento es infernal... infernal que os posea otro. ¡Ay de mí! No puedo resistirlo, y mis nervios parecen prontos á romperse.

LA REINA.—¡Querido Carlos, digno de lástima! Siento... siento sobremanera esa tortura indecible que se ensaña en vuestro pecho. Infinita, como vuestro amor, es vuestra pena. Infinita, como él, será la gloria de vencerlo. Combatid ese enemigo, joven héroe. El premio de esta lucha, tan grande como terrible, es digno del adalid valeroso, del joven, cuyo corazón ha de atesorar las virtudes de tantos monarcas, sus abuelos... El nieto del gran Carlos comienza una batalla, para vencer en la cual los hijos de los demás hombres serán impotentes.

CARLOS.—¡Es ya tarde, oh Dios, es ya demasiado tarde!

LA REINA.—¿Para probar que sois hombre? ¡Oh Carlos! ¡Cuán sublime será nuestro heroísmo, si, al ponerlo en práctica, ha de desgarrar nuestro corazón! La Providencia os ha elevado mucho sobre los demás... más, oh Príncipe, que á millones de vuestros semejantes. Parcial con su favorito, dióle lo que quitaba á esos millones de hombres. ¿Merecía acaso valer más desde el vientre de su madre que todos los demás mortales? Confirmad, pues, la benevolencia del cielo. Hacedo digno de estar al frente del mundo, y sacrificad lo que nadie sacrificaría.

CARLOS.—Lo que yo puedo... lo que un gigante, por poseeros... ¡bada, por perderos!

LA REINA.—Y lo confesáis, Carlos... Obstinación, amargura y orgullo son sólo los rabiosos deseos, que abrigáis nacia vuestra madre. El amor, el corazón, que tan prodigamente me sacrificáis, pertenece al reino, que habéis de gobernar un día. Ya veis que así malgastáis los bienes, confiados á vuestra tutela. El amor es vuestro deber más sagrado. Hasta aquí se ha extraviado hacia vuestra madre... ¡Oh! Dirigido en provecho de vuestros futuros dominios, y entonces, en vez de sentir el puñal de vuestra conciencia, gustaréis el placer de igualaros con los Dioses. Isabel fué vuestro primer amor; que España sea el segundo. Con toda mi alma, oh bondadoso Carlos, accederé yo á las inclinaciones de ese nuevo y sublime amante.

CARLOS. (Que, dominado por la emoción, se arroja á sus pies.)—Cuán magnánima sois, criatura celestial!... Si; haré cuanto deseáis. ¡Sea así! (Se levanta.) Me pongo en las manos del Todopoderoso, y juro... juro... juro para siempre... ¡Oh cielos! ¡No; sólo enmudecer perpetuamente!... ¡no olvidar perpetuamente!

LA REINA.—¿Cómo exigir de Carlos lo que yo misma no podría cumplir?

EL MARQUÉS. (Corriendo por la calle de árboles.)—¡El Rey!

LA REINA.—¡Dios mío!

EL MARQUÉS.—¡Alejaos, alejaos, Príncipe, de aquí!

LA REINA.—Sus sospechas serán terribles, si llega á veros...

CARLOS.—Yo quedo...

LA REINA.—Y entonces, ¿quién será la víctima?

CARLOS. (Cogiendo el brazo del Marqués.)—¡Vamos, vamos! Ven, Rodrigo. (Se va y vuelve.) ¡Qué podré llevar conmigo?

LA REINA.—La amistad de vuestra madre.

CARLOS.—¡Amistad! ¡Madre!